

CAPÍTULO XX.

Hermanos y amigos.

—¡Oh, amigos míos! ¡Trabajadores oprimidos de Cokeville! ¡Oh amigos y compatriotas míos, víctimas de un despotismo cuya mano de hierro os encadena! Yo os lo digo: ha sonado la hora en que debemos reunirnos todos para formar una unidad poderosa y abatir á los opresores que engordan con los despojos de nuestras familias, con el sudor de nuestras frentes, con el trabajo de nuestros brazos, con la médula de nuestros huesos: que huellan los derechos divinos de la humanidad, siempre gloriosos, y los privilegios sagrados y eternos de la fraternidad!

—¡Muy bien! ¡Escuchad, escuchad! ¡Hurra!

Y otras mil exclamaciones, proferidas por un gran número de voces, se alzaron en todos los extremos del salón, donde hacía un calor sofocante, y en donde se veía una muchedumbre compacta, mientras que el orador, subido en un tablado, acababa de proferir este trozo magnífi-

co, acompañándole con los más entusiastas ademanes.

Se había acalorado mucho en la peroración, y su voz estaba tan ronca como rojo su semblante. Á fuerza de gritar con todo el brío de sus pulmones, á la claridad deslumbrante de un mechero de gas, á fuerza de apretar los puños, de fruncir el entrecejo, de enseñar los dientes, de dar golpes en la tribuna, se había cansado tanto, que se vió precisado á detenerse para pedir un vaso de agua.

Mientras permanecía de pié en el tablado, procurando refrescar con el vaso de agua su rostro enrojecido, podríamos hacer una comparación entre el orador y la muchedumbre que le rodea; pero esta comparación no redundaría en provecho suyo.

Á juzgar por las apariencias, no sobresalía entre la masa de su auditorio sino por la altura del tablado en que se había subido; pero, con relación á otros muchos conceptos, estaba muy por debajo de sus oyentes. No es tan leal, ni tan franco, ni de tan buen humor como ellos: reemplaza su sencillez con la astucia, su buen sentido con la pasión. Es un hombre mal formado, de pesadas espaldas, de mirada sombría y amenazadora, de facciones casi siempre contraídas por una expresión de odio, y forma, á pesar de su traje híbrido, un contraste desagradable con la

mayor parte de los asistentes, vestidos con sus ropas de trabajo.

Si siempre es extraño ver á una asamblea cualquiera someterse humildemente á la fastidiosa dictadura de un personaje pretencioso, noble ó plebeyo, que ningún poder humano podría sacarle del fango de la necedad para elevarle á la altura intelectual de las tres cuartas partes de la asamblea, era más extraño aún, y hasta más penoso, ver aquella multitud inquieta, cuya buena fe no se hubiera atrevido á censurar ningún espectador imparcial é ilustrado, dejarse conmover hasta aquel punto por un jefe tal como lo hemos descrito.

—¡ Muy bien ! ¡ Oid ! ¡ oid ! ¡ Hurra !

La atención y la intención muy conocidas que se observaban en aquellos rostros animados, formaban un espectáculo de los más conmovedores.

Allí no había abandono, ni languidez, ni curiosidad ociosa; ninguna de las diversas fases de la indiferencia, comunes en las demás asambleas, se mostró un solo instante en la de que tratamos. Todos aquellos hombres tenían el convencimiento de que, de un modo ó de otro, su posición era más desgraciada de lo que debía ser; todos aquellos hombres miraban como un deber aliarse con sus compañeros, á fin de mejorar su suerte común; todos aquellos hombres comprendían que

no les quedaba otra esperanza que obrar como un solo individuo; aquella muchedumbre tenía una fe grave, profunda, sincera, en las ideas que la animaban, con razón ó sin ella (sin razón esta vez desgraciadamente). Todo esto se podía ver con una sola mirada: no había medio de engañarse.

El espectador imparcial no podía dejar de reconocer, en el fondo de su corazón, que aquellos hombres, hasta cuando se engañaban, descubrían grandes cualidades, de las que se podía sacar el mejor y más lisonjero partido, porque pretender, aun apoyándose en axiomas generales, por respetables que parezcan, que se extraían sin causa legítima, y sólo por el instinto no razonable que presidía á sus obstinados motines, valdría tanto como pretender que puede haber humo sin fuego, muerte sin nacimiento, cosechas sin siembras, ó que todo puede engendrarse de la nada.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.